

tados que para las ciencias ha traído la petulancia de los nuevos sabios. Dejemos de oír ya esas censuras tan ligeras é inconsideradamente dirigidas á nuestra gloria universal de Salamanca ó á su claustro mayor, acaso por uno de los actos de más valor que se han realizado en defensa de la verdadera filosofía. Cuando los ilustrados ministros de Carlos III pretendían inficionar con las doctrinas que después difundió la Enciclopedia la renombrada Universidad que por espacio de seis siglos había hecho compromiso de honor el mantenerse pura en sus doctrinas; cuando no perdonaban esfuerzo ni sacrificio para destruir este primer baluarte que para la defensa de la verdad contaba España, aquellos sesudos doctores, contestando sin apasionamiento, pero con entereza, al Consejo de Castilla acerca de los libros de texto que convenía adoptar, decían que, mientras no se compusiese otro texto mejor, debía leerse para filosofía la obra del P. Goudin, y que no podía abandonarse la doctrina del *peripato* según lo había explicado Santo Tomás; porque, si se examinaban todos los autores, desde Platón hasta la lógica de Port-Royal, no se encontraba uno sobre el cual pudiera desplegarse todo el inconmensurable plan de doctrinas que la revelación cristiana trae consigo, sino es la filosofía del Estagirita, mejorada por el Aguila de Aquino. Los años han venido á demostrar con cuán profundo sentido científico hablaban aquellos maestros; y, por la misericordia de Dios, á nosotros nos cabe el consuelo de haber oído pronunciar el mismo fallo desde la Cátedra de San-Pedro, cuando el sapientísimo y magnánimo León XIII, buscando el bien de la religión y movido á lástima al ver tan arruinada la filosofía, ha mandado en su antes mencionada encíclica *Æterni Patris* se siga la de Santo Tomás en todas las escuelas.

6. «Hoy, la intervención de la Iglesia en la enseñanza está reclamada no solamente por la religión, sino también por las mismas ciencias, porque ella es la Maestra infalible de la religión y moral, la más competente para enseñar y fomentar las ciencias, y la única capaz de hacer que se conserve la instrucción pública en el mundo, cualquiera que sea la suerte de los diversos pueblos.

«¿Y qué hacer, se preguntará, ante un mal de tanta importancia y que con tales condiciones se ha fijado y subsiste? A la verdad, es muy difícil su remedio en el presente estado de cosas. Pensar que los Gobiernos, mientras dure ese afán de absorberlo todo, de centralizarlo todo, han de desprenderse de la enseñanza, es forjarse una ilusión. Ciertamente que la instrucción pública les producirá continuos conflictos, sin que jamás acierten á regular su marcha, y que habrán de contemplar llenos de sobresalto y con los brazos cruzados las tendencias, cada vez más audaces, tanto de los maestros como de los discípulos; pero este miedo, altamente razonable y provechoso, desaparece ante otro que bien merece el nombre de insensato. Este Estado teme á la Iglesia y á la revolución: porque teme á la Iglesia, quiere tener la enseñanza fuera del alcance de su influencia bienhechora; pues esta influencia, entronizándose en la cátedra de la verdad católica, daría á la instrucción aquella integridad, solidez y pureza necesarias para que los que la recibiesen jamás transigieran con los sistemas é ideales á cuya sombra se conquistan grandes ventajas privadas á costa de pérdidas morales de inmenso precio para la generalidad, y llevaría, por consecuencia, en tiempo no lejano, á las alturas desde donde se dirige á la sociedad, á hombres que gobernarían teniendo por norma la ley de Dios; porque teme á la revolución, y no tiene ya ni re-

cursos materiales con qué cebar sus apetitos groseros, ni fuerzas para intimidarla, y ve el ansia verdaderamente satánica con que la revolución se esfuerza por apoderarse de la inteligencia y del corazón de los jóvenes, le va cediendo palmo á palmo, á fin de aplazar el desorden con que le amenaza, el terreno de las escuelas, sin dolor ninguno, porque de nada suyo se despoja, y sin conseguir sus miras de amansarla, porque la revolución es ya caudaloso río para cuyo curso no hay más que un dique firme: la fuerza incontrastable, nunca vencida, de la verdad religiosa.

7. «Hoy el mal es ya gravísimo, y para mañana pueden temerse nuevas violencias y mayores escándalos; y siendo así que en ello van la suerte de la juventud y la causa de la sociedad cristiana, el honor de la religión y la salvación de las almas, ¿habremos de permanecer en la inacción? En asunto tan importante, la indiferencia es hasta criminal; y, ya que otra cosa no hagamos, al menos opongamos la firmeza de nuestras convicciones y la conciencia de nuestro deber. Que nuestra fe y nuestro valor de católicos permanezcan incommovibles ante la odiosa tiranía, sin que los secularizadores de la enseñanza nos cieguen con sus argucias ni nos vengzan con sus halagos para hacernos desconocer dónde está el bien y dónde el mal. Mientras haya una escuela sana, ésta debe ser preferida por los padres para adoctrinar á sus hijos. No olviden que si la potestad civil pretende arrebatarlos para entregarlos á un magisterio corruptor, ellos son los llamados á educarlos y dirigirlos hasta su mayor edad, y que les asisten el derecho y el deber sacratísimo de luchar con todas sus fuerzas contra cuanto se oponga á aquella misión, á fin de poder dar á Dios buena cuenta del precioso depósito que puso en sus manos. El amor instintivo de los padres

les revelará claramente lo que á sus hijos conviene, é imposible será que haya alguno tan desnaturalizado que no prefiera á todas las ventajas temporales la de que sus hijos sean buenos y virtuosos en este mundo para obtener la felicidad eterna. Doloroso y necio sería ciertamente dejarse enloquecer con la fascinadora palabra de instrucción, hasta el punto de que, por aprender el arte de las letras ó adquirir conocimientos sobre una profesión, consienta un padre que sus hijos se pierdan. La verdadera ciencia es la de la salvación; el fin último es el que interesa conseguir; que en cuanto á los medios, nada importa sean unos ú otros. Más vale hombre honrado sin letras, que letrado corrompido.

«Pero antes que este remedio extremo, pueden y deben los padres católicos adoptar otros, sin arredrarse por los sacrificios que esto lleva consigo. La instrucción pública es hija del Cristianismo, y ni los fieles educados por la Iglesia prescindirán fácilmente de ella, ni la Iglesia, que está obligada á enseñar la religión, dejará de extender su enseñanza á las ciencias y á las artes, ya por los auxilios que éstas mismas le ofrecen para el ejercicio de su magisterio, ya porque además son un bien del altísimo precio del hombre, y allí donde está el bien del hombre, allí está indefectiblemente la acción maternal de la Iglesia.

«No se nos oculta que el plantear una instrucción sana enfrente de la oficial, suntuosamente costeada por el Estado, así como el contener la imponente avalancha de publicaciones perniciosas, son empresas superiores, arduas, para las que son precisas extraordinarias fuerzas; pero tampoco debe ocultársenos que disponemos de un tesoro inagotable, que es la providencia de Dios, prontísima siempre á enviarnos auxilio efficacísimo en tiempo oportuno.

8. »Las tres concupiscencias que dominan en el mundo (I *Joann.*, II, 16), que siempre trabajan á la humanidad y cuya acción disolvente es, y no otra cosa, lo que hoy se llama revolución, han inundado con sus envenenadas corrientes la tierra y como enseñoreándose de ella (*Oseá*, IV, 2). El genio del mal parece haber llegado al apogeo de su poder, pues nunca ha dispuesto de mayores medios para difundir el vicio y el error. Bien penetrado de ello el inmortal Pío IX, describe tan grave situación con acento lastimero en su alocución *Maxima quidem*. «Sabéis, dice, sabéis muy bien »Venerables Hermanos, la encarnizada guerra que se ha levantado »contra el Catolicismo entero por esos »hombres que siendo enemigos de la »cruz de Cristo, no sufren la sana »doctrina, y unidos entre sí con vergonzosa alianza lo ignoran todo, »blasfeman de todo y con todo linaje de malas artes tratan de echar »por tierra los fundamentos de nuestra santa religión y de la sociedad humana, y, si posible fuera, extinguirlos completamente, imbuir y »corromper los entendimientos y los corazones de todos con todo género de perniciosos errores, y arrancarlos de la religión católica. Estos astutísimos artífices de fraudes y fabricantes de mentiras no cesan de »sacar de las tinieblas todo linaje de monstruosos errores antiguos, refutados y pulverizados ya tantas veces con sapientísimos escritos y condenados por el severo fallo de la »Iglesia; exagerarlos con nuevas, variadas y muy engañosas formas y palabras, y diseminarlos por doquiera de todas maneras. Con este »funestísimo y diabólico artificio manchan y pervierten toda ciencia, derraman un veneno pernicioso para »perdición de las almas, fomentan »la licencia desenfrenada en el vivir »y todo género de malas pasiones, »trastornan el orden religioso y social y se esfuerzan en extinguir toda »idea de justicia, de verdad, de derecho, de honestidad y religión. Horrorízase, rehuye y espántase el alma al tocar, siquiera sea levemente, tan sólo los principales de estos pestilentes errores con que los hombres de estos desgraciados tiempos »perturban todas las cosas divinas y humanas.» Y como si fuesen poco negros todavía los colores de este cuadro, la misma augusta mano que lo trazara añade en él, un año después, estas nuevas sombras: «¡Ojalá, »dice en la encíclica *Quanto conficiamur*, ojalá que pudiéramos anunciaros el fin de tantas calamidades para »la Iglesia! Pero la corrupción de costumbres, nunca bastantemente depurada, que va creciendo por todas partes con la ayuda de escritos irreligiosos, vergonzosos y obscenos, con los espectáculos teatrales y el establecimiento en casi todos los lugares de prostitución, y promovida también con otras malas artes; los más monstruosos errores por doquiera diseminados; el creciente y abominable desbordamiento de todos los vicios y de todos los crímenes...»

9. »¿Qué hacer, diremos otra vez, en medio de tanto peligro? Venerar los altos juicios de Dios y levantar hacia su trono los llorosos ojos pidiéndole con ansias del corazón que, pues impera al mar tormentoso y á los vientos desencadenados, que obedientes deponen su furia, haga cesar esta tempestad que así azota despiadada á su Iglesia, como á los pueblos adheridos á ella. *Domine, salva nos, perimus* (*Math.*, VIII, 25). «Mirad, os diremos, apropiándonos el sentir y las palabras de aquella vuestra enamorada que nos guía y protege, Santa Teresa de Jesús; »mirad ¡oh Dios! nuestros deseos y »las lágrimas con que esto os suplicamos, y olvidad nuestras obras por quien Vos sois, y habed lástima de

»tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad: »Señor, dad ya la luz á estas tinieblas.» No desoiréis nuestro último ruego, porque será la evocación de aquellos mismos acentos que Vos inspirasteis al santo Rey David para que implorase vuestro auxilio en contra de los impíos. *Salvum me fac, Domine; quoniam defecit sanctus; quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum. Vana locuti sunt unusquisque ad proximum suum: labia dolosa in corde et corde locuti sunt. Disperdat Dominus universa labia dolosa et linguam magniloquam. Qui dixerunt: linguam nostram magnificabimus, labia nostra a nobis sunt, quis noster Dominus est?* (Salm. XI.)

»Salvadnos, Señor, puesto que ya casi del todo ha faltado la santidad en esta tierra, madre en otros tiempos de tantos santos y sabios, y son tan contados los que sencillamente hablan la verdad entre los hijos de los hombres. No se ve sino falsedad y mentira en su boca, y se difunden el error, la blasfemia y la herejía, y se procura engañar á los incautos, ocultando con palabras halagüeñas la doblez del malvado corazón. Confundid, Señor, los labios de tales pérfidos y la insolencia de los discursos vanos y engañosos de aquellos que osadamente dicen: nos haremos lugar con la arrogancia de nuestra lengua; nadie nos lo podrá impedir, porque somos libres: ¿quién hay que tenga poder sobre nosotros? (Scio, *Parafr.* del Salmo XI.)

»Oid, Señor, cómo, conspirando todos á una, dijeron: No paremos hasta borrar enteramente de la tierra todo el culto y adoraciones que tributan á Dios... Levantaos, Señor Dios nuestro: vuestra es nuestra causa, y á Vos toca defenderla: no toleréis ya más los continuos é indignos ultrajes que recibís de hombres tan altivos: no olvidéis las horribles blasfemias

de vuestros enemigos; y pues de día en día crecen más y más su orgullo y furor, justo es, Señor, que los humilléis y les hagáis sentir el poderío de vuestro brazo. (Scio, Salmo, LXXIII.) Llenad de confusión sus rostros, para que de esta manera vuelvan sobre sí y vengan humillados y convertidos á reconocer y confesar vuestro grande nombre y poder. (Scio, *Parafr.* del Salmo LXXXII.)

»Entre tanto, Señor, nosotros intimaremos fielmente vuestra ley y vuestra justicia á los mortales, y bendeciremos sin cesar al Dios de Jacob, y se verá cumplida vuestra palabra. «Yo abatiré el orgullo del impío, y ensalzaré la humildad del justo, y coronaré su paciencia.» (Scio, Salmo LXXIV.)

»Unid á la nuestra vuestra plegaria, venerables hermanos y amados hijos, y el Dios de la paciencia y del consuelo os dé á sentir una misma cosa, uniéndoos en perfecta caridad conforme á Jesucristo, y os colme de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo, á fin de que unánimes á una boca glorifiquéis á Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo (*Rom.*, xv, 5, 6 y 13), en cuyo nombre os damos nuestra pastoral bendición.»

CONCLUSIÓN DEL SR. OBISPO DE OVIEDO.

I. Hasta aquí la Pastoral de nuestros Venerables Hermanos, á la cual en un todo nos adherimos, por ser la expresión legítima de algunos de los males que oprimen á las iglesias de España, y pesan como losa de plomo sobre las conciencias católicas.

Ministro de un Dios de paz y de una religión que nos impone á todos la obligación de conciencia de obedecer á los poderes constituidos, nada más lejos de nuestro ánimo que el pensamiento de suscitar dificultades

á quienes reciben la misión de realizar el derecho en el campo vastísimo de los intereses sociales. Los Gobiernos empero necesitan también que se les dirija, se les aliente y se les sostenga, para que no desmayen en sus propósitos; que los pueblos expongan sus necesidades, y hagan llegar á las esferas superiores de la gobernación del Estado los ayes de su conciencia lastimada. Ninguna situación determinada es exclusivamente responsable de los males que nos aquejan: antes son éstos el resultado final de una serie de causas, que por malicia de algunos, por debilidad de muchos y por complicidad de todos, viene haciendo años imponiéndose á una mayoría que las rechaza. Hora es ya de despertar á nueva vida y de volver á esta sociedad, trabajada por tantos errores, el equilibrio que sólo se encuentra en la práctica de la justicia. Que esta virtud, fundamento de toda política digna de este nombre, sea el campo de la concordia donde depongan sus iras las escuelas y los partidos.

En un país que cuenta dieciocho millones de habitantes — entre los cuales apenas hay diecisiete mil individuos disidentes del Catolicismo, y éstos extranjeros en su mayoría, — es á todas luces inconcebible que retrogrademos á los tiempos de Platón para buscar esa virtud hermosísima: *Iustitia de celo prospexit.* (Salm. LXXXIV, vers. 12.) La justicia nos vino del cielo: la justicia es la religión católica. Y como la religión católica es el resumen de todos los bienes que el Creador confiere á su criatura predilecta; es el mayor de sus dones, y es un dón conocido y codiciado por diecisiete millones de españoles, la sociedad española no recobrará el equilibrio perdido sino cuando las leyes estén informadas del espíritu católico, y las instituciones y la enseñanza y la prensa sean católicas.

2. Hoy somos los católicos víctimas de una tiranía que deben recono-

cer nuestros imparciales adversarios. Mientras que la Constitución de la Monarquía declara al Catolicismo religión del Estado, y sólo tolera—lo que ya es demasiado—las opiniones religiosas y el ejercicio privado de su respectivo culto, salvo el respeto debido á la moral cristiana, en muchas cátedras oficiales, sostenidas por los contribuyentes católicos, se salta por encima de esas dos barreras que la Constitución opone al error, y se hace propaganda pública de ateísmo y de corrupción. No hace muchos días que apareció un libro escrito por un profesor público y saturado de erotismo, de escarnio á las prácticas cristianas y de alusiones injuriosas á respetabilísimas personas; sin que las autoridades académicas, ni los compañeros de profesorado—tan puntillosos en otras cosas—tuvieran una palabra de protesta contra ese saltador de honras ajenas.

Lo propio sucede con la prensa impía é inmoral. En vano la Constitución prohíbe las manifestaciones públicas contrarias á la religión; en vano el art. 3.º del Concordato vigente promete á los Obispos apoyo en la persecución de publicaciones y libros perniciosos; en vano se multiplican los delitos y crímenes de todo género: los Obispos, atentos á la salvación de las almas y á la pública tranquilidad, prohíben esas producciones nocivas, y las autoridades no se mueven, y en calles y plazas se pregonan los periódicos prohibidos, haciendo pública befa de las *excomuniones episcopales*. Por manera que si algún resultado se obtiene, como, gracias al cielo, lo hemos obtenido en nuestra diócesis, debido es únicamente á la piedad y obediencia de los fieles.

Omitimos otros obstáculos que se oponen á la marcha desembarazada del cargo pastoral, porque no hemos pensado en hacer un catálogo de agravios, y porque esperamos del Gobierno que, en su deseo de promover la

pública felicidad, ha de oír las quejas que respetuosamente le dirigimos.

3. Resta, pues, amados diocesanos, que todos cooperemos al fin noble de la restauración del reinado social de Jesucristo, fundamento del público bienestar, para que nuestra querida patria vuelva á ser la España de los grandes hombres, de los grandes ingenios, de los grandes santos y de los hechos heroicos. Que cuantos, por mandamiento de este pueblo católico, tienen el derecho y el deber de influir en los destinos de la nación, no se avergüencen de confesar á Jesucristo ante el mundo entero, para que Jesucristo los reconozca por suyos cuando venga á juzgarnos á todos con la majestad, del Padre y de los santos ángeles. Que cuantos se consagran á la noble tarea de enseñar y escribir sean padres de sus discípulos y de sus lectores, engendrando en sus almas el conocimiento de la verdad y el amor y la práctica de la justicia y del bien, para que puedan decir como San Pablo: *In Christo ego vos genui* (I Cor., IV, v. 55.) Que los padres de familia no abduquen cobardemente la paternidad que reciben de Dios, y que más que al cuerpo se extiende al alma de sus queridos hijos: apártenlos de toda enseñanza y de toda lectura que tien-

da á malograr el hábito de la fe y las prácticas de la virtud que aprendieron en el templo y en el hogar. ¿De qué les aprovechará conocer las propiedades de los cuerpos y las maravillas de la naturaleza, si no se conocen ni á sí mismos ni á su alma; si desconocen á Dios, primera causa de esas maravillas y principio, por ende, de toda ciencia? ¿De qué sirve conocer el movimiento mecánico de los cielos, si se ignora el camino que conduce á la conquista del cielo? Grandes son y maravillosos los conocimientos que la ciencia humana atesora; pero por encima de todos ellos está la ciencia de nuestro origen, de nuestros deberes y de nuestro fin. Venimos de Dios, somos de Dios y vamos á Dios. Penetrados de este dogma consolador, unámonos todos en paz y caridad, y, levantando al cielo nuestro corazón, pidamos diariamente, por la mediación de nuestro Redentor Jesucristo, luces sobrenaturales para los que gobiernan, docilidad para los gobernados, amor á la justicia en los que mandan, amor á la obediencia en los súbditos; porque sólo así daremos gloria á Dios en las alturas y nos devolverá el Señor la paz, que es patrimonio de los hombres de buena voluntad.

FIN DE LA OBRA